

*El Vasallaje
de los Elementos*

David Zorel

El Vasallaje de los Elementos

© David Pérez López
www.davidzorel.com

ISBN: 978-84-15941-14-9
Depósito legal: A 26-2014

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33
C/ Decano, n.º 4 - 03690 San Vicente (Alicante)
www.ecu.fm
ecu@ecu.fm

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 96 567 19 87
C/ Cottolengo, n.º 25 - 03690 San Vicente (Alicante)
www.gamma.fm
gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Prólogo
El mal del miedo

Una colina que domeña la ciudad repleta de techos de teja roja a dos aguas. El valle se extiende hasta donde alcanza la vista bajo un cielo oscuro y plumizo. Y sobre el cerro empinado se alza un enorme risco. Y sobre él, adhiriéndose como un roble a la tierra, un enorme y majestuoso alcázar de mármol rojo. Un rojo que se acentúa notablemente con el agua de lluvia y lo hace parecer un castillo que sangra, que sufre y llora. Una dama vestida de satén blanco en lo alto.

Llueve.

La fina tela se pega a la piel mojada. Porque llueve. Y mucho. De esa manera el polvo del mármol se evapora. La sangre corre por la fría piedra, corre por la ropa de la dama manchando el blanco inmaculado y rutilante.

Una sangre impregnada de coágulos de tribulación, odio y congoja.

Un estertor y un alarido que desciende impetuoso y escama las entrañas, atiere los músculos de un sudor frío y da rienda suelta a macabras especulaciones por todo el valle.

Un alarido de muerte mientras la figura blanca cae. Cae y cae desde lo alto de la torre del homenaje en contraste con la roja piedra pulida. Y es entonces cuando el grito cesa al fin. El viento la hace lívida ante el mundo. La lluvia la limpia, como un bautismo, es purificada al fin. «Al fin, todo acaba», piensa. Mientras cae cierra los ojos y se siente libre por última vez.

Un relámpago refulge tras Sierra Miriente dibujando la silueta negra de las montañas recortadas en sinuosas ondulaciones. El trueno que lo sigue oculta el macabro golpe sobre el

patio de piedra. La sangre, la lluvia y la muerte se unen en torno a la dama.

Y es allí donde el cuerpo deja de funcionar, donde la carne muere y la sangre se esparce, es allí donde la puerta se abre, al fin, al alma libre de la carga escamosa del mundo sobre los hombros. La Puerta Negra abre sus hojas con un crujido secundado por un trueno. Alguien camina bajo la lluvia envuelta en bruma negra que absorbe la luz. Camina hacia el cuerpo inerte como flotando en nubes negras, perniciosas. Pero ni los perros que ladran, casi desgañitándose sin parar, ni el ave carroñera de paso, que gira el cuello delgado hacia el suelo como un resorte, ni los soldados que inundan el patio de metal y gruesas pieles de cordobán consiguen verla. Dan gritos, órdenes y respuestas lacónicas y nerviosas, apresuradas. El sonido de las botas, el entrechocar del acero y la trápala suenan ya muy lejos, solo la bruma negra está presente; espesa, se esparce a su alrededor. La Puerta se muestra ante ella. Una voz meliflua la calma, la tranquiliza: «Ya estás a salvo», dice. La dama es libre al fin, resignada, envuelta en una paz interior alza una mano brumosa de un blanco lacerante. La dama de blanco acepta su destino en calma. La dama de negro hace el que es su oficio. «Ven, Verena —la incita—, tras esa puerta está tu destino». «¿Es ese el final?», pregunta en una voz que no surge, una voz que ya no posee. «No, querida, —susurra la Muerte—, ese no es el fin, ese es el eterno principio».

El respirar agitado del rey se entrecortaba con el temblequeo de sus pies inquietos, impacientes. El tableteo cadencioso de los dedos de su mano se amortiguaba en el reposabrazos afelpado bermejo, correlativos, a un ritmo frenético.

Pocas e inusuales eran las veces que se veía al augusto rey tan exaltado; pocas las veces, pocas las ocasiones.

Y sin embargo aquella noche oscura, desprovista de luz alguna sobre cielo siniestro, cual si por alguna extraña razón

el cielo y las estrellas se hubieran consumido tras las oscuras nubes tupidas de negro grotesco, el rey y su consejero más allegado se consumían en nervios de fuego.

Entonces llegó el primero de los truenos a la enorme sala. Trueno y relámpago irrumpieron en ella con un macabro resplandor. El comienzo de la lluvia se escuchó por encima del arrastre de la larga túnica glauca y amortiguó los pasos desesperados del viejo hechicero tras el trono, que, fuera de su habitual aire estoico y sus maneras frías e indolentes, lanzaba miradas de impaciencia hacia el portón de madera de dos hojas, con parteluz, al final de la sala.

Un trueno y un grito de angustia y de muerte.

Ambos giraron el rostro hacia el alto ventanal que daba a la zona norte. Solo un viejo impaciente hizo ademán de inmutarse con cara de espanto. El hechicero, primer consejero real, con la absoluta certeza de cuál era el motivo de tan inquietante grito, y perdiendo la compostura cauta ante el soberbio rey, se adelantó del trono hacia el portón con un nudo en la garganta.

—Quieto —susurró el rey, recio y firme, alzando una mano ornamentada de anillos de oro—. Quedaos, maese Findelor.

El hechicero se detuvo de golpe, de espaldas al rey, pero no su alma encendida en fuego y adrenalina por tan macabro grito; los puños apretados y un inicuo e intrincado maleficio en la punta de los finos labios agrietados.

Entonces se abrieron las hojas del portón con mucho quejido de bisagras de latón y crujir de vieja madera de roble. Un hombre enjuto y fibroso apareció por ella enfundado en la cota de malla, la sobrevesta roja y blanca y el blasón del rey, a conjunto con los doce soldados que se repartían por la sala entre pilares rojos con vetas blancas, bajo techo abovedado.

Apoyada la mano de manera solemne sobre el pomo de la espada, se acercó al trono pisando sobre la alfombra parda con paso apresurado y ruido de metal.

Rey y hechicero, olvidándose un instante del grito agónico fuera de la sala, se sobresaltaron ante la llegada del caballero. El rey se alzó como un resorte y avanzó delante de su conse-

jero, que, más calmado, habiéndose escapado furia y hechizo entre nerviosos dedos, observaba la falsa altivez del soldado y lo precario de su firmeza con el cuello en alto y los andares muy gallardos.

El apuesto caballero, tan apresurado como pudo, sin perder el talante, llegado frente a su rey, hincada rodillera y apoyada greba en la suntuosa alfombra, preparó sus palabras tantas veces repetidas en su mente, las mascó entre una lengua seca y rígida, con la cabeza gacha en una exagerada reverencia, como queriendo hundirse en la tierra y desaparecer en ese instante en la calurosa y apacible muerte.

—¿Es o no genuina? —preguntó con acritud el hechicero dando un paso adelante, exacerbado.

El silencio no fue absoluto, pues la algarabía se estaba formando fuera con voces de alarma y calcorrear metálico. La lluvia golpeaba violenta y rabiosa contra la piedra roja.

—¡Responded, caballero! —dijo con impetuosidad el rey, perdida ya la poca paciencia y consumida toda transigencia—, ¡hablad u os degüello! —Dos de los soldados salieron como sombras de entre los pilares secundados por el destello de las espadas al salir de las vainas, las cuales apuntaron rápidamente al cuello del mensajero arrodillado en el suelo—. ¿Es aquella piedra encontrada en las cavernas de Oskera la verdadera?, ¿es o no la piedra de Ístreyd? —Los ojos furibundos y encendidos de una reprimida y torrentosa cólera fulminaban al hidalgo, replegado en sí mismo y doblegado a la muerte inminente—. ¡Alzaos y responded!

Pero al alzar el rostro, temeroso y arraigado un temor indigno en tal noble caballero, el rey supo la verdad antes de oírla de sus labios.

—Los alquimistas la han examinado, majestad —volvió a agachar la cabeza, resignado a su aciago destino—, no es auténtica.

La túnica del mago profirió un fuerte sonido de vuelo mientras este se alejaba a la oscuridad entre columnas, al pasadizo lateral, expulsando aquel conjuro que tenía anegado en

la garganta cual si fuese un esputo repugnante, casi como una injuria rabiosa y de exabrupto. Y mientras el soldado, fiel a su rey en vida, moría entre estertores de agonía, faltándole el aire, escapándosele el aliento y quemándosele la piel, falleciendo ante la mirada colérica de su rey, el más fiero de los gritos ahogó los truenos y la lluvia.

Decían que la cólera del rey Dilan de Estuavia y su voz atronadora e infinita procedían de los mismísimos dioses de los Elementos. Aquel grito de rabia e impotencia atravesó muros de fría piedra y mármol, inundó el patio atestado de soldados desconcertados, y descendió la colina por entre pinos y abetos hasta el valle y la ciudad. Aquel día fue fruto de las historias más denodadas del vulgo, inventados detalles e intrincadas posibles explicaciones, pues aquella noche de penumbra, aquella noche sin luna ni testigo, los más desquiciados, aterradores y lacerantes de los gritos, mujer y hombre, la una al viento y el otro a la tierra, ella liberada, él condenado, descendieron las rocas del castillo bloqueando hasta el más intenso de los ademanes, levantando el vello y dando rienda suelta al mal del miedo. Mal siniestro. Al miedo cerval e insuperable. El mal del miedo.

El mal del miedo.

I Sombras de recuerdos

—¿Y qué es felicidad, según tú?

—Felicidad es ella —dijo categórico el Caballero.

—Eso es un tanto pretencioso, amigo, la vida está llena de mujeres, cada cual más especial, cada cual más maravillosa y hermosa, la felicidad no puede reducirse a una sola mujer o a una sola cosa, lugar o acción.

La habitación lujosa de la posada El Viso del Caballo no era muy grande, pero sí acogedora y caldeada, a resguardo del frío viento golpeando incesante y racheado contra los postigos. Esperando el yantar, los dos hombres charlaron recordando momentos pasados a merced del apacible hogar de ladrillo viejo, acompañados del aroma del incienso preparado a gusto del cliente.

—No es que me importe una mierda lo que pienses, pero ¿qué es para ti, pues, la felicidad? —dijo exasperado el hombre vestido de negro, apoyado en la viga baja, con una copa de vino en la mano.

El otro torció el gesto, sonrió pícaro y se masajeó la cerviz con la mano mientras se recostaba en el butacón frente a la lumbre.

—El conocimiento —miraba el fuego perdido en sus penachos y despuntes dorados, ígneos y veleidosos—, el aprendizaje, el momento. Es demasiado extenso para acabar convergiendo en tan reducido razonamiento. La vida tiene escondidas maravillas para cada cual, esperando ser explotadas por el individualismo. Podría ser una mujer tan pasional, tan concupiscible que te haría gozar hasta tocar con tus dedos las nubes, créeme,

Alejandro, sé de lo que me hablas, pero eso no puede cegarte con respecto al pandemónium de locura, magia inventiva y de la vida versátil. Soy una persona que se adapta al momento, y así vivo, mi amigo, pegado al viento, libre viaje con ligero viático, siempre errante por un mundo de locura, ávido de conocer, de aprender sin fin hasta que mi mente un día diga: hasta aquí, y ese día será el que tu señora venga a recogerme tan gentil a su regazo.

—No llares así a la Muerte —dijo quedo, con un gesto amargo, dio un tiento al vino y lanzó una mirada de soslayo al hombre con la camisa abierta, sentado en el butacón—. Yo te hablo de otra cosa, bien lo sabes, eres un puto témpano de hielo con respecto a ciertos sentimientos.

—¿Hablas de amor?

El hombre negó con la cabeza, perdida mirada y conciencia en otro lugar, sin contestar, y volvió a dar un sorbo al vino antes de decir:

—Hablo de sugestión.

—¿Sugestión?, ¿y eso qué coño quiere decir?

—Nada, olvídalo.

Se levantó el de la camisa a por su copa de vino vacía en una pequeña mesa de madera de ébano, se sirvió un poco de una jarra de barro, levantó la copa mientras aireaba el líquido escarlata oscuro.

—Verena es tu perdición, Alejandro, ya deberías haberte dado cuenta.

—Puede —contestó rápido—. Mi dicha se tizna de sombras, Rodrigo —suspiró profundo, suspiró descargando un aire lacerado—. Ella es mi única luz.

—La amas.

—La amo —dijo no tan rápido—. La amo, Rodrigo, y es extraño este sentimiento, el tiempo se detiene junto a ella, el mundo gira, pero no a nuestro alrededor, nos colma de bienestar con luz o con sombra, con cada umbría, con cada claro en el bosque, nos enredamos en arrullos al oído, en caricias sinuosas, todo es luz para mí, todo es una nube de hilaridad.

Esos momentos junto a ella, ella lo es todo. Sí..., extraño sentimiento —y se perdió en el vino de nuevo, acabándose la copa, saboreando el líquido un instante en su boca.

—El amor... —dijo el otro con desdén—. No te hacía tan romántico, oscuro siervo de la Muerte. Te ha encandilado bien esa Verena.

—Te mataría si no fueses mi amigo, cabrón.

—No sería el primer amigo al que liquidas, tengo entendido, ¿más vino?

—Por favor.

—Bien, pues si mi gran amigo Alejandro de Varentía siente tan apasionado sentimiento por tan bella dama —dijo mientras el de negro acercaba su copa y le era rellenada con maestría—. que así sea, brindemos por ella.

—Sí, por ella y... por nuestra boda.

El otro alzó las cejas, con la boca abierta y ademán congelado, observaba a su amigo buscando un cambio aparente.

—¿Boda, dices?

—Sí, pienso casarme con ella cuando regrese, y tú vendrás conmigo; quiero que seas mi padrino.

Esto lo cogió por sorpresa, aunque el ofrecimiento acarició su vanidad de viejo amigo. Sonrió profusamente estrechando mucho los ojos por costumbre.

—Entonces brindemos por la hermosa Verena —dijo en tono jovial.

—Por ella.

—Por la bella doncella, de la cual oscuro corazón es de ella —sentenció secundado de un trueno lejano, y del cling que resonó por toda la habitación, cual tañido de campana de latón.

No se escuchaban sus pasos. Solo los gatos, astutos, solemnes, perspicaces y atentos a cada movimiento en los adoquines de todo el que se mantenía en bipedestación, solo ellos se per-

cataron de su presencia, caminando a través de las sombras, buscando las foscas oscuridades de cantones, tapias y casas, enfundado en telas negras, arropado por la noche.

El extraño caminante miró a los rasgados ojos amarillos de uno de aquellos gatos, devolviéndole la mirada, tan atenta y majestuosa, sentadas las patas traseras junto a un portillo, en apariencia mansa, el pelo negro como noche cerrada, la cola agitándose en sinuosas ondulaciones.

Hombre y animal, mirada intrínseca y profunda, mirada de comprensión, integrantes de las sombras.

Señores de la noche.

Siguió caminando silencioso, subrepticio en sus ligeras miradas por doquier, primoroso en el arte del sigilo, evitando entrar en la línea de luz de los candiles tras ventanas con celosía y hornacinas en las paredes. Atento, como sus aledaños en la noche, a la calca de pares de pies, a las voces tras las ventanas y a los pequeños y ornamentados balcones de geranios, jazmines, abetos y azaleas.

El paso firme, rítmico, cadencioso y militante de patrullas nocturnas lo hacía encaminarse a callejas secundarias, volverse, esconderse tras un pretil o un murete, en una esquina, tras el pilar de un oscuro soportal o escalar un arco a resguardo de miradas vigilantes.

—*No ho faces*—Se detuvo de pronto, escrutando las sombras. «No lo hagas», había escuchado en susurros junto a un muro blanco, rematado de altos setos de alheña. Pero nadie había en la oscura calle. Y, sin más, hizo caso omiso y continuó su camino a paso ligero.

Así que, con todo aquel despliegue de maestría, llegó a la casa que buscaba, enjalbegada con tierra blanca. Cruzó la cancela de barrotes retorcidos que ocultaba el interior con láminas de brezo, con un leve chirrido metálico. El pequeño jardín, profuso en sombras siniestras de estatuas de duendes y gnomos sobre el manto gris de hierba, era escasamente iluminado por un asomo de luna entre dos aleros, al final de la calle. Una luz macilenta se entreveía por una de las ventanas enrejadas, por ningún sonido acompañada.

La puerta adintelada no fue resistencia alguna, mientras, en forma de susurro, arrastrado por el viento, pronunciaba el ensalmo que hizo iluminar un instante los anillos plateados en sus dedos. La puerta se abrió hacia la penumbra de un pequeño zaguán. Y, rápido y vehemente, con la desesperación incauta de quien se relame a espuertas por acabar un arduo trabajo, cruzó la puerta hacia la oscuridad y hacia algo más, algo que no llegó a ver, pero sí a sentir el golpe en la sien por muchas horas después, mientras se desvanecía en el abismo, en sombras tiznadas de sueños, en recuerdos indelebles arraigados en la mente inconsciente. Verena, pensó vehemente.

Y se desvaneció en el vacío.

—Sois un truhán, un embustero y un mentiroso —dijo en un intento de ocultar la sonrisa espontánea— un zafio, malandrín, falaz y un... y un...

El trovador, tumbado en la hierba con la voluptuosidad del cansado, ojos cerrados, sonrisa traviesa y manos a la nuca, respiró profundamente el aire cálido de la noche, el olor a madera quemada en la pequeña hoguera y el perfume embriagador de sándalo y jazmín de la condesa.

Aquella noche cerrada, aquella noche para la trampa y la locura, era territorio para la germanía de rateros, ladrones y proscritos en sus oscuros conciliábulos. Sí, pero quien conocía el bosque, quien conocía la verdadera naturaleza de la vida en la tierra, nada temía a los hombres de baja estofa, nada temía el cuchillo, el estilete, la saeta o la espada. No temía, pues aquella gente extraña, la gente escasa que conocía el bosque y sus secretos sabía que el mayor de los peligros era de una naturaleza más siniestra y arcana. Y fue gutural el aullido de un lobo que heló la sangre de la condesa y la hizo estremecer, por lo que decidió acercarse a la hoguera y, con ello, al trovador.

—Nada debéis temer, mi querida Verena, no os ocurrirá nada —este, con voz firme, la tranquilizó al punto.

—No ha sido un lobo aquello que acabo de oír —afirmó, calentándose las manos en el fuego, remangado el vestido de seda blanco de brocado, sórdido y rajado—, ¿verdad? —más que una pregunta, llegó a oídos de Alejandro casi como una súplica.

—No, no lo ha sido, sin duda. —El hombre se incorporó y la miró con franqueza, serio de pronto—. Debéis saber, suntuosa condesa de fino talle, que hay por el mundo cosas que se escapan a vuestros embotados y malacostumbrados ojos, cosas que no son fácilmente explicables.

—Como vos.

Asintió el trovador, guardó silencio para mirar el firmamento, pero no lo halló, ni luna ni estrellas, solo un manto de nubes foscas.

Noche cerrada.

—No sois un trovador, por lo que veo.

—Una vez lo fui, pero hay cosas sobre mí que no sabéis. —Sonrió con donaire, aquella sonrisa que había añorado horas antes y ahora tenía a menos de dos pasos de dama.

—Sois un brujo —no lo preguntó, lo dijo como para sí, asumiéndolo y digiriéndolo—. Lo sois, solo así podríais haberme sacado de allí como por arte de magia. Un trotamundos trovador, menudo embeleco, menuda mentira.

—No soy un brujo, pero ¿y qué si algo de eso tuviera? En un mundo como este no es poco el peligro que acecha, soy un hombre que sabe cuidar de uno mismo y de terceros en peligro de menoscabo de felicidad, pues no era, aquella vuestra boda, fruto de vuestra devoción —dijo guiñándole un ojo con descarro y tumbándose de nuevo en la hierba, bajo el ralo baldaquín de ramas de pino.

—¿Cómo os atrevéis? Vos no sabéis nada...

Un inquietante aullido volvió a aterirle las entrañas y, sin más pensar ni razonamiento, se acercó a gatas al hombre vestido de negro, por inercia, casi sin darse cuenta de que lo hacía.

—Hideputa —dijo mientras se abrazaba a él, buscando su calor—, me habéis hechizado.

Las fuertes carcajadas de Alejandro rompieron todo aire siniestro en el claro del bosque, incluso alejando la sombra esotérica de grotescos aullidos.

—No, mi querida condesa, ningún hechizo puede penetrar el corazón fiero de una dama —seguía sonriendo, y esta vez, demasiado cerca.

Sentía el calor de su piel llamándola como agua en el desierto. Una mirada fugaz de él hacia su escote, rasgado en la fuga, le aceleró el corazón, encendiendo una llama en el candil del deseo. Y precisamente eso, deseo, se escapó un instante de sus maneras firmes y ecuánimes, perdiendo en sus ojos la serenidad y la compostura, cosa que le gustó. Sus labios entreabiertos y el cálido aliento arrastrándose como brisa de mar hasta sus pestañas. De nuevo, un lejano aullido, muy lejano o quizás a tiro de piedra, pero ya daba igual, no había nada circundante, solo sus labios, solo su sonrisa y su cuerpo que rezumaba puras ansias de acción. Y mientras sus labios se juntaban, muy leve, en forma de susurro, un conjuro breve. Y con ello se apagó de pronto el sonido del aullido, que ya no existía para ella. Los cuerpos unidos. Una mano de él se introdujo por el maltrecho escote, sintiendo el frío de los anillos que portaba en los dedos. Sintió él cómo se erizaban los pezones en el tacto de su mano. Sintió ella el ajustado bulto apretándole desde su entrepierna, deseoso de ser atendido, deseoso de más al sentir el tacto de la delicada mano al deslizarla por encima de su pantalón de cuero negro.

El lance estaba servido, el grito de furia en el castillo del consorte humillado, el aullido de la bestia semihumana, un gemido, de ella, el crepitar de las llamas doradas y bermejas, el suave deslizar de dedos sobre oscuro cabello, un gemido, de él, el despunte de penachos en la apremiante hoguera que, junto a ellos, crecía en impetuosidad, en pasión de fuego y en gemidos de madera. Varios aullidos, esta vez alargados y cadenciosos, al unísono, varios gemidos, ¿de él?, un crujido de madera, ¿de ella?

El reino de lo sobrenatural sobre bosque extraño con criaturas extrañas se detuvo a escuchar, observando con ojos rutilantes desde las sombras, atendiendo embelesados al gemir, al

placer, al deseo sobre la yerba. Las hadas salieron a refulgir sobre ellos. Cantaban. Un nuevo y fuerte gemido. Los duendes, intriguados, salieron de sus fortalezas en los árboles como baluartes de castillo, sonriendo con dientes siniestros y afilados, tocadas sus testas con bonetes de colores. Otro gemido, esta vez suave, surcando el claro en briznas de viento. Los íncubos y súcubos en forma humana se dejaron ver, desnudos, al socaire de matorrales, herbazales, arbustos y troncos nudosos, pisando descalzos sobre el manto de agujas de pino. Observaron, escucharon los gemidos cadenciosos de él y de ella con suspiros de añoranza. Centauros de mirada impávida acudieron como si de milicia se tratase, observando junto a los inhumanos del bosque, cada vez más numerosos, rodeando el calvero mientras el placer los gobernaba. Condesa e inhumano hombre de negro, dejados llevar por la pasión, no atendían al peligro que los acechaba a la espera de un descuido en la magia, a la espera de echar a los intrusos de su bosque, a la espera de atacar. Criaturas oscuras de noche y muerte. En aquella noche de oscuro dosel de nubes. Aquella noche de criaturas extrañas en bosque extraño.

Aquella noche cerrada.

Y fue entonces, siendo los gemidos cada vez más fuertes y rápidos, cuando el inmortal extendió su mano hacia el fuego. Lo recibió en ella sin dolor, inocuo, como bendecido, su mano fue admitida en él con transigencia y, poco a poco, solícito, se extendió por el brazo. El calor los hizo arder en pasión mientras el fuego rodeaba a ambos en su halo carmesí, escarlata, rojo, anaranjado y dorado, con delicadeza. Entonces, y solo entonces, el cerco se rompió, las armas, garras, colmillos, cuernos y pezuñas se desprendieron de toda hechicería con un recio alarido de guerra. Se lanzaron en una carga vehemente hacia el claro. Solo para ver, después de impregnarlos a todos con un sonido de placer extremo, como llamas, que brujo y dama desaparecían en humo negro y un dibujo de ceniza en el suelo.

Y como tal, la oscuridad fue, alejada toda brujería del lugar, tan tangible, tan espesa, tan absoluta, como abismo de muerte.

Noche cerrada.

Abrió los ojos después de apretar las pestañas con fuerza, todavía con los ojos verde claro moteados de avellana de Verena en la mente. Un sueño. Un recuerdo, pensó lóbrego, doloridos cabeza, hombros, brazos y muñecas sobremanera. Se vio encadenado con los brazos en cruz sobre una pared de piedra. El torso desnudo, el cabello pegajoso por la sangre que caía despacio en arroyuelos escarlatas hasta gotear en un charco en el suelo. Estaba oscuro, la luna a duras penas penetraba en la cámara, que, dedujo, estaba bajo la casa.

Intentó liberarse con la fuerza de sus brazos, con mucho sonido de cadenas y nuevas magulladuras en las muñecas como único resultado. Su espada y su daga, desaparecidas. El semblante, derrotado. La mente activa seguía pensando en su sueño. Verena. Su Verena.

Las horas las pasaba absorto en sus recuerdos lacerados, ojos grises perdidos en aquella luz grisácea y parva, inmerso en sus recuerdos inherentes grabados a fuego, hasta que, hambriento, contuso y herido, se dejó llevar a la vigilia y al sueño decadente, vencido y con sentimientos atribulados.

—Al fin me encuentras.

Aquella voz tan grave, tan profunda, arraigada en años, décadas, siglos rasgando el aire, llegó a sus oídos con el calor de la voz conocida, penetró en su corazón con una hurgonada de antuvión, dolorosa, pero apacible y hermosa, fluyendo por la cámara como brisa de mar, cual suave oleaje contra un enguijarrado litoral. Aquella voz, por un instante, lo devolvió mucho tiempo atrás, provocándole una extraña sensación de añoranza.

—Has sido hábil, Cortés, viejo zorro —dijo Alejandro desde la puerta abovedada, encastrada en la pared de roca, aspirando el cargado ambiente de eterna humedad—. Tanto tiempo tras de ti, y aquí te encuentro, en una casa cueva antrópica como un murciélago, ¿cuánto, doscientos años?, ni siquiera los libros pueden haberte llenado tanto tiempo.

La habitación no era grande ni espaciosa y, sin embargo, nunca había visto tantos libros juntos ni siquiera en la famosa biblioteca de Primea. Las paredes revestidas de las coloridas encuadernaciones de gruesos tomos lo ocupaban todo. Pilas de libros amontonados por todas partes, en cada rincón, encima de taburetes, en el suelo, algunos abiertos y otros incluso con anotaciones. Viejos rollos de pergamino entre ellos descoloridos por el tiempo, otros encima de una hosca mesa de madera a medio enrollar, con runas inscritas en tinta negra, que estaban esparcidos buscando un hueco entre tanto desorden, lacre para quemar, tinteros y plumas. Y entre todo aquello, sentado en una pequeña silla de enea, un hombre escuálido consumido por la incansable lectura venida del mundo exterior. El cenceño hombre cogió una copa de la mesa y la sostuvo con elegancia entre sus dedos. El líquido escarlata relucía con la luz de las teas enganchadas a argollas en la pared.

—No, ni siquiera eso, pero heme aquí, vivo, ¿quieres un poco?

—No acostumbro al trasiego de sangre humana, gracias, ¿dónde está?

—¿El qué?

—La piedra.

—Ahh..., la piedra de Ístreyd, claro, no está aquí, amigo, ya no.

—Lo siento por ti, quizás habrías tenido una oportunidad.

—Da igual, ya estoy cansado de vagar por la tierra como alma en pena, no vale la pena, ¿sabes?

—Vivir siempre vale la pena.

—Los humanos hemos deseado por siempre la inmortalidad —empezó como exordio de un solemne discurso, con los brazos apoyados en la mesa y los dedos entrelazados, la larga cabellera enmarañada y descuidada cayendo hasta los codos, cara descarnada, ojos oscuros que, heridos por la luz de las velas, provocaban un claro viso rojo cual flamante destello de fuego—. La he vivido durante siglos y con ello me he dado cuenta de que el valor de la vida está en el miedo a la muerte, al

inquebrantable e hiriente paso del tiempo sobre el cuerpo, cosa que tanto aborrecen superficiales sensibles, pero un hombre envejecido por eones prefiere la vida mortal, tan genuina, tan excitante y rápida cual torrente caudaloso, siempre a expensas de nuevas experiencias, de conocer las inescrutables maravillas del mundo. Las prisas de nuevo te hacen vivir, Alejandro —la sonrisa mostró unos blanquísimos dientes que se hundían hacia el interior de la boca de forma siniestra y eran flanqueados por dos colmillos puntiagudos—, y son aquellas experiencias nuestra rúbrica en la gente que te recuerda por siempre, pero ¿quién queda al final del camino, una vez muertos todos tus amigos, tu familia y todo el mundo conocido del mal del tiempo?, dime, ¿qué te queda al final, muertos todos sin fin una y otra vez en sus vidas efímeras?, dímelo tú, ¿qué queda?

—Queda resistir. La insurgencia, me niego a dejarme llevar sin más por Ella.

—Sí, sin duda, y es por eso por lo que estás hoy aquí, vivo, con la intención de darme muerte. Tienes una misión, Al, un tanto maligna, sí, teniendo en cuenta que nosotros no elegimos ser lo que somos, pero no te lo reprocho, tienes una obligación para con el destino, un trabajo de irrevocable transcendencia en perjuicio de seres como yo. Me ha tocado, ¡oh, gran Caballero de la Muerte, no huyas de mi mirada! La providencia nos ha reunido aquí, en estas tranquilas cavernas. Este es mi destino, tu siguiente paso y, sin duda, mi final, pues ¿qué me queda tras una incansable huida por los reinos de evitarte a ti y a tu lacerada señora?

La pregunta se perdió en la lejanía, rebotando en las paredes erosionadas en un eco decadente. Solo silencio.

—Yo te diré lo que queda, vacío. Briznas de niebla, soledad, amargura, congoja y un infinito repertorio de recuerdos como único viático hacia el otro mundo, Al, solo vagas reminiscencias, eso queda. Y es peor que nada.

Silencio.

—Callas, y lo haces porque te das cuenta de que al final un día te levantarás y te sentirás tan viejo por dentro como eres,

tan desquiciado como yo, cansado, y odiando a todo el mundo por morirse. ¿Por qué tienen que morir?, ¿por qué no envejeco junto a ella?, ¿por qué debo desaparecer una vez más si la amo? Pero dará igual cuanto ronde por tu cabeza, dará igual que decidas quedarte, pues, al final, tu entorno te rechazará, te apedrearán, te amenazarán con bieldos, manguales y azadas, con colgarte de un pino y quemarte vivo por monstruo, pues, una vez más, ella envejecerá, sus hijos crecerán y ni tan siquiera quedarán retales de ellos en tus recuerdos un siglo después, de nuevo alejado del mundo, con un nuevo nombre, nuevas garatúsas, mentiras, falacias, supercherías y embelecocos sobre quién o qué, sobre si nacido aquí, allí o más allá. He conocido a las mujeres más bellas y hermosas del mundo, a hombres por los que daría la vida sin pensar, que después, con el semblante estoico, te dan la espalda y luego escupen el suelo que pisaste, desde lejos, pero tú oyes caer los repugnantes esputos a la tierra y te duelen como martillazos, sí, te miran como el engendro que eres en realidad. Al final, Alejandro, dejas de sentir apego por los humanos, dejas de intentar engañarte a ti mismo, te alejas de ellos y dejas de sentir dolor, dejas de sentir cualquier cosa, te vuelves ermitaño, hosco y ascético, inmerso en ti mismo y encerrado en tu mente, pues nadie más te comprenderá. Nada, Al, solo vacío, solo briznas de niebla, solo bruma.

El silencio se hizo patente de nuevo, ambas miradas perdidas. El vampiro cogió la copa de plata con incrustaciones de zafiros y con un escueto «salud», la levantó al aire y se bebió el líquido rojo de su interior de un trago sin apartar la vista del infinito, con mirada glauca, con mirada alejada en el tiempo. Mirada muerta.

—Te equivocas en algo, amigo —dijo al fin el Caballero de la Muerte, cosa que cogió por sorpresa al vampiro. Levantó la cabeza intrigado—. Has conocido a mujeres lindas, estoy seguro de ello, pero esta noche —dijo, y desenvainó la daga despacio, la colocó, solícito, sobre la mesa de madera, junto a la copa vacía de sangre—, esta noche, conocerás a la última de ellas, la más hermosa y esplendorosa, así como terrible de